

Ramón Freixas / Joan Bassa

# El sexo en el cine y el cine de sexo



Pólogo de Vicente Aranda

La representación de la sexualidad no conoce fronteras. Tema sensible y en teoría íntimo, impregna con su presencia todas las cinematografías y todos los géneros. Incluso su ausencia realza su protagonismo. Pero si todo el cine contiene su dosis de sexo, un segmento de la producción lo convierte en bandera. Con mayor o menor explicitud, según los tiempos y las censuras, las políticas y los públicos, puede hablarse con propiedad de un cine de sexo más o menos vitaminado, que recorre tanto los ámbitos del cine comercial cuanto el territorio que se le consagra como santuario. Los autores, con un criterio objetivo y riguroso no exento de ironía, se pasean por tan peculiar «género» cinematográfico, por sus vergeles y sus páramos, sin pararse en barras en la tradicional separación entre ocultación y mostración, entre sexo explícito y sexo sugerido, apostando por buscar (y hasta encontrar) buenas películas. Las otras diferencias les resultan indiferentes. De este modo, el lector verá desfilar desde Loïe Fuller hasta Zara Whites, desde *Duelo al sol* hasta *Tras la puerta verde*, desde Russ Meyer hasta Koji Wakamatsu, desde Bernardo Bertolucci hasta Ignacio F. Iquino, desde Gerard Damiano hasta John Leslie.

Prólogo de Vicente Aranda.

*«¿Por qué la pintura parece más atinada dentro que fuera del espejo?»*

Leonardo da Vinci

*«¿Qué es la hermosura del cuerpo? Es la armonía de las partes acompañada por cierta suavidad de color.»*

San Agustín

*«El tacto no tiene extensión: es un sentido analítico; en cambio, la vista es sintética. La vida se aprecia con la vista.»*

Antoni Gaudí

*«Por un lado tenemos el porno, ni duro, ni blando (...). Y siguen haciendo estas convenciones de correrse encima de la pierna de la tía que son completamente lamentables (...). Por otro lado, está el llamado cine erótico, que consiste en que unos se tocan una pierna. Y ella se excita enormemente. Él le baja las bragas, le toca la tripa y empiezan a gemir los dos (...). Por eso hay muy pocos autores de referencia en el género.»*

Jesús Franco

*«Quiero dejar constancia de que el sexo es promiscuo siempre.»*

Vicente Aranda

## Agradecimientos

A Carlos Aguilar, por su valioso soporte documental.

A Vicente Aranda, por sus películas... y su prólogo.

A Melina Champernaud, por haber venido, aunque esté tan lejos.

A José Luis Esparza, por encontrarnos los títulos inencontrables.

A Carlos Losilla, por su confianza y paciencia (o al revés).

## Prólogo

Los autores me han facilitado algo así como una primera «versión impresa» de este libro, acompañando un disquete para ordenador. No me he podido resistir a la tentación de averiguar cuál es la medida en palabras al final de mi lectura y el resultado —nada sorprendente dado el volumen en páginas— es de 119.662 palabras.

Diré a modo de justificación que desde que trabajo en los guiones ayudándome de un programa para proceso de textos he adquirido la costumbre de medir mis escritos. Me consta, por ejemplo, que con 15.000 palabras ya estoy frente a un proyecto de película de hora y media. Así que este libro se aproxima mucho al equivalente de 8 guiones para películas de hora y media.

Ya sé que estoy procediendo a una comparación absurda, pero es la manera de poder decir a continuación que los autores del libro, después de emplear casi ciento veinte mil palabras, no han hecho sino una brillante demostración de síntesis. No he tenido una lectura convencional. Ha sido un recorrido progresivamente acelerado por una vía cuya existencia conocíamos, pero de cuya intensidad, perseverancia, influencia, desesperación, clandestinidad, obvedad, comercialidad, agresividad, inconformidad, sometimiento, etc., nos habíamos olvidado o no habíamos reconocido con el suficiente discernimiento.

La primera impresión es que se trata básicamente de un libro de consulta. En este sentido podría recomendarse a

los autores que acompañen al volumen-libro su correspondiente disquete, como espontáneamente han hecho conmigo. Eso es ya reconocerle un valor. Pero tiene otro valor que le supera, y es que su utilización como libro-volumen de lectura convencional nos remite a una zona curiosa y aparentemente nueva. Sólo aparentemente, porque el descubrimiento late de antiguo en nuestra conciencia y en nuestras tripas. Quiero dar cuenta de mi impresión subjetiva, la que vale, la que queda cuando ya empiezas a olvidar lo que has leído. He ido adquiriendo, a medida que avanzaba en su lectura, al mismo tiempo que la noción de mi ignorancia sobre el tema, otra noción muy inesperada: la de pertenecer a un cuerpo social examinado y examinador, la de asistir como testigo, acusador, acusado y jurado, todo a la vez, de un proceso que examina una sola faceta del cine —el sexo— y, curiosamente, a través de esa sola faceta está, no sólo la historia del cine, sino la historia, nuestra historia, la de los últimos cien años, la de todos, pertenezcamos o no a la industria. Porque el simple hecho de haberse sentado frente a una pantalla te hace socio de este libro, de esta historia del mundo a través de fábulas que te acarician o te muerden.

En resumen, unas pocas preguntas —sólo dos— sugeridas por la lectura de este libro: ¿qué hay detrás de la pantalla?, ¿tanto? Creo que sí. Mucho. Gracias por intentar averiguarlo.

Vicente Aranda

## A modo de introducción

El sexo no existe. O no debería existir, a tenor de la mentalidad y principios de quienes tradicionalmente han velado por la integridad de nuestras palabras, obras y pensamientos. Empeñados (empecinados) en divulgar los placeres y ventajas de la castidad militante y los encontronazos reproductores en la oscuridad, estos guardianes de la palabra — y de la mirada— han influido decisivamente en la forma de abordar el «pecado» de la carne y todo cuanto le atañe. Si el curioso lector considera que efectivamente la carne —o el pescado, o el marisco, o las especialidades locales sean griegas, francesas u otras delicias turcas— son pecado, acaso sea mejor que dedique su tiempo a lecturas más piadosas. Este libro herirá sin duda su sensibilidad. Porque, aunque les duela, el sexo existe y —cuestiones éticas aparte— además es un (buen) negocio que si funciona —y funciona— es debido a que genera suficiente oferta para cubrir todas las demandas, incluso las más impresentables. Al empeño en marginar, clasificar, degradar y (a la que se pueda) eliminar, se opone una contundente realidad: un consumo elevado —discreto y hasta clandestino en ocasiones— que recorre todos los estratos y hasta sustratos de esta nuestra decadente sociedad del nuevo milenio.

Hay una batería de razones estableciendo que la aplicación de lo moral, esgrimir el punto de vista moral a la hora de juzgar el arte, es impropio y coartada de reaccionarios *tout poil*, aunque la peliaguda controversia (el caballo

de batalla) algunos la sitúan sobre la circunstancia de discernir primero si el porno es o no es arte... Un flanco débil, efectivamente. Asumiendo esta premisa, lo cierto es que la moralina no debe contaminar ni intervenir en los juicios estéticos. Y esto vale tanto para una película de Pier Paolo Pasolini, de Luis Buñuel o de Marco Ferreri como para un filme de Gerard Damiano, Ignacio F. Iquino o Paul Thomas. Aunque a muchos falsarios admitir, asumir la dimensión del arte como único baremo moral —desestimando de paso la categoría moral de la realidad, ergo del sexo— les parece una aberración y les provoca un llanto y crujir de dientes desdoblado en apocalípticas descalificaciones. Y en el caso de la pornografía, el problema es desligarla de su condición pecaminosa, pues hasta la etimología del término es inexacta, tendenciosa y condenatoria. La palabra pornografía deriva de la combinación de dos modos griegos, *porné* —ramera— y *grafos* —describir—. Así, ya desde la raíz nos encontramos no ante el sexo libre, desinhibido, en acción, sino con la descripción de la prostitución. Sordidez y dolosa culpa ya para empezar. Mas el cine erótico (y el pornográfico) no debe ser juzgado desde parámetros moralistas ni por los presumibles efectos (disolutos y perniciosos, ¡faltaría más!) que causa en la juventud o en los débiles de espíritu, puesto que en tal caso el problema no será de la película sino de sus espectadores. Si se admite de entrada un criterio moral, se debe tener en cuenta cualquier posible moral (en expresión de Javier Marías). Y la admisión de ese criterio moral conduciría a desestimar un filme (o una novela, o una estatua o...) porque su contenido es de determinada filiación política, religiosa, filosófica... Si caemos en la trampa, estaremos justificando la «recomendación» de acatar un criterio moral, aceptaremos la prohibición. En suma, convertiremos a la censura en algo de recibo, cuando lo cierto es que el concepto de moral, como el de escándalo, o el motivo de la risa, o del escalofrío... es tan subjetivo como cambiante. Y ahí está el devenir, los vaivenes del cine

desde 1895 hasta el año 2000 (y 2001) para refrendarlo. ¿O no?

Sería necio pretender que sólo queremos informar, describir sin tomar partido. Desde el momento en que encaramos la impresión de este libro nos decantamos hacia unas posiciones concretas en un ámbito que, por prohibido demasiadas veces, ni siquiera ha generado una sana polémica. Y no podemos —ni queremos— ocultar nuestra perspectiva de varones más o menos domesticados, no del todo domados, en una sociedad donde el machismo podría tener los siglos contados. Si el sexo existe mal que les pese a muchos (que a menudo ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio), su imagen, su tratamiento, siempre está en el eje del huracán, sean cuales sean las oscilaciones de la sociedad, tolerante o sancionadora. El sexo se mueve (*fluctuat, nec mergitur*) entre la libertad y la represión. Y el sexo, desde que el cine es cine, es motivo de escándalo, una piedra de toque que continúa irritando y soliviantando a los más puros (en realidad estrechos) de espíritu.

Si en 1896 el famoso ósculo en primer plano de John Rice y May Irwin en el cortometraje *The Kiss*, de William K. L. Dickson, levantó ampollas, en 1992 la imagen epidérmica del vello púbico de Sharon Stone en *Instinto básico* (*Basic instinct*), de Paul Verhoeven, ocasionó un estrepitoso pifostio y una ofensiva de las asociaciones promoralidad y decencia digna de mejor causa. Todo gira, pues, alrededor de la perspectiva desde la que se mire, del particular punto de vista de cada uno. Al fin y al cabo, la obscenidad no se define por los actos sino por la postura de quien ve y a renglón seguido juzga cuanto ha contemplado. Y ésta sí que es una decisión personal, intransferible y, naturalmente, íntima.

Ava Gardner

# I. Entre el ser y el estar

## 1. CATALOGACIONES INANES

---

Afirmado o negado, exhibido o bien vestido, en campo o fuera de campo, de una forma u otra, el sexo está inscrito en la pantalla. Su dispar e(in)vocación diferirá según el flujo y reflujo social, pero no hay película donde no se note su presencia o, aún más, su ausencia. Recordemos tantas vidas de santos y beatos donde se nos muestra a los «fistros» en pleno ejercicio de su culpable condición para reforzar el carisma del iluminado de turno. Un recurso que ya Aristófanes utilizaba en sus comedias para «moralizar» (y de paso escandalizar) a sus contemporáneos. Y qué decir de tantas princesitas y otras heroínas que nos dejan con el casto beso en los morritos al final de la historia. ¿Qué viene luego? ¿Llegarán los principitos de París? Ésta podría ser una de las funciones (¿pedagógicas?) del porno: dar luz a los fundidos en negro, explicitar la sugerida continuación al beso empalagoso y ñoño. Pero si la omisión recalca con claridad que el sexo acecha, aún es mayor su peso en tantas y tantas producciones mediocres donde lo mejor sería el muslamen del cachas protagonista de turno o el despechugue —histórico muchas veces por aquello del visto y no visto— de su *partenaire* femenina. Y no tan mediocres. Un gesto, un escote, una mirada de reojo han levantado tantas «morales» y desvelado tantos sopores... ¿Quién no recuerda lo que podía conseguir Rita Hayworth con sólo quitarse un

guante? E incluso con menos. Una simple calada de cigarrillo, chupada por Lauren Bacall, puede fundir al más *gélido* Humphrey Bogart, sin mencionar las piernas de Marilyn Monroe o el simple garbo al moverse (tan sensual) de Ava Gardner. O, para equilibrar la balanza, ahí están Rodolfo Valentino, con su reconcentrada mirada, capaz de provocar desmayos femeninos, Clark Gable, duro pero no tanto, cícnico pero sentimental, Marlon Brando, durante años prototipo de la masculinidad, que causaba estragos con sus camisetitas o sus «chupas» de cuero, Robert Mitchum, duro entre los duros pero con su punto de ternura, basta con verlo... El cine está repleto de escenas de contenido sexual, aunque los cuerpos vayan vestidos y los actores ni se toquen—Ernst Lubitsch sabía un rato de esto, con imágenes «que proceden de la excitación, de la sugerencia, más de la promesa que del acto» (Carrière, 1997, pág. 66)—, escenas que han hecho arder la imaginación de generaciones de espectadores, concretando lo visto (generalmente entrevisto) en ensoñaciones, sueños húmedos y, en fin, creando entrañables fantasmas que nos han arrastrado en sus cadenas hasta nuestros días.

Si las apariciones puntuales o esporádicas del sexo abren un gran número de horizontes al espectador, todo se complica cuando éste ocupa la parte del león de una película. Si el sexo está en todo el cine, existe también un cine de sexo donde campa a sus anchas, irritando, excitando, preocupando (y aburriendo en no pocos casos), dueño y hasta tirano de las historias. Pero si ya es problemático el tratamiento del tema, definirlo se ha convertido en una sañuda competición de leyes, reglamentos y censuras, de *boutades*, estudios meditados y reacciones viscerales que se empeñan en remar al viento intentando moralizar o distinguir entre lo bueno y lo malo, ver qué separa lo púdico de lo indecente, lo decoroso de lo obsceno, lo «fino» de lo «basto». En suma, desde hace años estamos empeñados en separar (¿circuncidar?) el erotismo de la pornografía o,

en su defecto, definirlos, encerrarlos en compartimentos estancos e incontaminados (sexo para fumadores, erotismo para no fumadores... ¿o viceversa?). ¿Merece realmente la pena?

Nos parece de cajón que si afrontamos la cuestión no desde la naturaleza de su contenido —por cuanto la distinción es inexistente— sino desde una perspectiva (peligrosa por falaz) de cine de género, puede decirse que la pornografía forma parte del cine erótico, un cine que no requiere en absoluto de elementos pornográficos para existir. Sería como afirmar que la ciencia ficción está englobada dentro del fantástico. Sin embargo, no estamos en absoluto convencidos de que el erotismo sea un género cinematográfico *per se* y en todo caso las diferencias deben enunciarse en orden a otras características que no aboquen a la comodidad de los convencionalismos.<sup>[1]</sup> Algo difícil que ha tentado a numerosas vanidades, pues en tan alambicado tema todo el mundo se cree con derecho a opinar, a meter baza o arrimar el cuerno, remo o cipote. Sobre sus hipotéticas diferencias se pronuncian personajes de todo tipo y condición, desde sospechosos buitres travestidos de intelectuales caperucitas hasta ideólogos abrigafarolas, desde sociólogos con la erudición en vacaciones hasta prelados en guardia de sacristía que, seamos sinceros, si no consiguen circunscribir tan trabajosa materia más allá del aforismo gracioso o del raciocinio de apretada superficialidad coyuntural, es porque evidentemente tal distinción es sólo un aparente espejismo. A modo de orientativo menú, he aquí un selecto despiece de parloteos/definiciones.

Algunos Sénecas y/o cínicos sentencian que la pornografía es el erotismo de los demás; lo que uno piensa es erótico, en tanto que todo lo ajeno será pornográfico... sin olvidar a los «románticos» que identifican la pornografía con el sexo mercenario. Otros contribuyen apurando la diferencia de que el erotismo es estático (y mental) mientras la pornografía será el trajín de los genitales en acción. Al

respecto creemos sumamente pertinentes las siguientes consideraciones de Gérard Lenne: «Lo que se llama corrientemente erotismo y lo que llamamos pornografía, incluso si los términos están mal escogidos, incluso si su utilización es generalmente peyorativa, funcionan como dos engranajes complementarios e inseparables del mismo fenómeno. Puede percibirse incluso que el reparto de sus funciones supone que uno no podría existir sin la otra. El erotismo es lo que se desarrolla “en la cabeza”, es una función cerebral. La pornografía es lo que hacen los cuerpos y el espectáculo que producen: es una función corporal. El erotismo es imaginativo, la pornografía es demostrativa [...]. El erotismo son los fantasmas, es decir, representaciones imaginarias» (Lenne, 1978, 19-20).

¿Reposará pues el erotismo en la figuración estática mientras que la pornografía existirá sólo en función del movimiento? La idea y el acto, el acto y la potencia, el ser y el devenir. Aristóteles ya dijo algo parecido, pero ¿tiene sentido en este contexto? Nagisa Oshima, tan concienciado, acuñó una fórmula que obtuvo un rotundo éxito en mundanos círculos: el erotismo sería propio de la burguesía y la pornografía patente del proletariado (apunte no tan despistado si observamos que el erotismo está socialmente considerado y hasta reivindicado, mientras la pornografía resulta socialmente reprobada y su vindicación acarrea la etiqueta de leproso). Menores turbulencias provoca el sandunguero Luis G,<sup>a</sup> Berlanga, para quien «el erotismo es la pornografía vestida de Christian Dior...», lo que no deja de ser un eufemismo encubridor de la pretendida vulgaridad y reivindicador del «buen gusto». En territorio colindante, Juan Marsé nos sugiere que «el erotismo es el profiláctico de la pornografía». José Bénazéraf, ex *enfant terrible* y ex «Antonioni de Pigalle» (según apodo servido por *Cahiers du Cinéma*, años sesenta, *of course*), a contracorriente pero sin llegar a ser herético como le gustaría, opina que «la pornografía es la sublimación del erotismo». Por su parte, Joseph-Marie Lo